



KATE  
MOSSE

*La Ciudad de*  
*las Lágrimas*

El coraje será su mejor arma

KATE MOSSE

LA CIUDAD DE  
LAS LÁGRIMAS

Traducción de Albert Vitó i Godina

 Planeta

Título original: *The City of Tears*

© Mosse Associates Ltd., 2020

© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Referencias de las citas de la página 7:

Christopher Marlowe, *Obra completa. Teatro y poesía*, Penguin Clásicos, Barcelona, 2015.

John Milton, *Paraíso perdido*, Montaner y Simón, Barcelona, 1873.

T. S. Eliot, *Cuatro cuartetos*, Alianza Editorial, Madrid, 2017.

Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-08-23298-8

Depósito legal: B. 13.406-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotapapel

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## ÍNDICE



Nota histórica .....	11
Personajes principales .....	15
Prólogo .....	17
 PRIMERA PARTE: Ámsterdam y Puivert.	
<i>Mayo y junio de 1572</i> .....	25
 SEGUNDA PARTE: Ámsterdam y París.	
<i>Junio, julio y agosto de 1572</i> .....	109
 TERCERA PARTE: Ámsterdam y Chartres.	
<i>Mayo de 1578</i> .....	313
 CUARTA PARTE: Ámsterdam y Chartres.	
<i>Julio y agosto de 1584</i> .....	475
 Epílogo .....	615
Agradecimientos .....	619



*Begijnhof, Ámsterdam*  
*Jueves, 22 de mayo de 1572*

La vieja Mariken se arrodilló frente al altar de la capilla de Begijnhof, como cada noche desde que había leído la carta, y rezó pidiendo consejo.

La misiva estaba escrita con elegancia y en un papel de buena calidad, sellada con cera y marcada con un escudo noble. Tenía el deber de responder, pero habían pasado los días y todavía no lo había hecho. Las palabras parecían abrasarla a través de la ropa, marcándole la piel con el siseo de la calumnia. Una promesa hecha treinta años antes en el lecho de muerte, en una posada en las afueras de Kalverstraat.

—*Heer, leid mij*—susurró Mariken—. Señor, guíadme.

El autor de la carta era un cardenal francés, un hombre poderoso. No sería adecuado negarse. La solicitud de información sobre el chico y su madre parecía inofensiva, escrita como estaba en un registro simple y razonable. No había motivos para alarmarse. Aun así, Mariken presentía algo taimado tras aquella jerga oficial. Temía que lo que su eminencia le reclamaba no era sólo que rompiera la promesa dada a una moribunda, sino también que firmara la condena a muerte del chico. Lo que sabía era poderoso y peligroso por igual.

Por un instante, Mariken sonrió al darse cuenta de su propia estupidez. Si el chico seguía con vida, debía de ser ya un hombre hecho y derecho de unos treinta y cinco años. Así y todo, en su recuerdo seguía siendo un chiquillo sollozando sobre el cuerpo ya frío de su madre, aferrado al paquete que le habían dado y que Mariken posteriormente había confiado a una amiga, la hermana Agatha, para que lo guardara hasta que llegara el momento de devolvérselo al chico. Nunca llegó a saber lo que contenía el paquete en cuestión, aunque tenía sus sospechas. Una historia bastante corriente: detalles sobre un compromiso, una promesa hecha y luego rota, un nacimiento ilegítimo, otra mujer arruinada.

—*Domine, exaudi orationem meum* —susurró. Señor, escucha mis súplicas.

Las palabras de Mariken resonaron con fuerza en el vacío, con demasiada fuerza. El corazón le dio un vuelco y desvió la mirada del altar, temerosa de que la hubieran visto allí sola, en la iglesia y a esas horas de la noche. Sin embargo, nadie abrió el pestillo, nadie entró en la nave.

Arqueó las cejas para lanzar una mirada hacia la cruz y se preguntó si alguien más se acordaría de Marta Reydon y de su hijo. Lo dudaba. La mayoría de sus compañeras de la época habían fallecido. A pesar de los años transcurridos, no obstante, ella seguía rezando por el alma de Marta. Su muerte había sido tan horrible como desdichada su vida.

La había conocido en los callejones que rodeaban la iglesia de la antigua parroquia de Sint Nicolaas, donde se congregaban las mujeres que vendían su cuerpo a los marineros. Mariken y su amiga, la hermana Agatha, una monja de un convento cercano, habían hecho todo lo posible para ayudar a esas pobres desgraciadas.

Mariken negó con la cabeza. Había pasado mucho tiempo y

los recuerdos habían perdido nitidez. Cerró el puño alrededor de la carta que llevaba oculta bajo la larga toga. No podía posponerlo más. No podía esperar nada bueno si no proporcionaba al cardenal los detalles que le reclamaba... Mejor dicho, la confirmación de lo que al parecer ya sabía. Porque, aunque las beguinas eran mujeres religiosas que no vivían enclaustradas, sí habían hecho voto de obediencia y de servicio, y la comunidad también necesitaba protección en esos tiempos tan anárquicos. A pesar de que Ámsterdam todavía no se había unido a la rebelión protestante, Mariken temía que pudiera suceder en cualquier momento, puesto que los calvinistas estaban al acecho. Muchos de sus hermanos y hermanas que abrazaban la fe católica ya habían sido obligados a abandonar sus conventos, monasterios y claustros y habían huido. La Grande Dame de Begijnhof esperaba que cumpliera su deber con la santa madre Iglesia.

A pesar de todo.

Al recibir la carta, Mariken había preguntado por el puerto, donde no era difícil comprar información en las tabernas de Zee-dijk y Nieuwendijk a un precio razonable. Luego se lo había consultado también a un conocido potentado de Warmoesstraat. El próspero comerciante de grano, Willem Van Raay, era un hombre devoto y discreto, sabía cómo guardar un secreto. Mariken se había ocupado de la salud de su hija unos años atrás, de manera que confiaba en él lo suficiente para preguntarle si había oído hablar de un tal Pieter Reydon, o si circulaban rumores sobre los motivos por los que un cardenal francés tan eminente hubiera decidido fijarse en Ámsterdam. El comerciante había aceptado quedarse una carta que tenía que entregar a Reydon si llegaba a encontrarlo, y le había prometido que investigaría el asunto.

No obstante, habían pasado ya dos semanas y todavía no sabía nada.

Mariken ya había asumido que lo único que podía hacer era recurrir a Willem Van Raay en persona. Lo cual suponía otro peso sobre su conciencia. Tenían prohibido salir durante el día sin permiso y, puesto que no podía confiar en que se comprendieran sus motivos para abandonar la comunidad, habría tenido que mentir. Escabulléndose de noche, intentó convencerse a sí misma, al menos evitaba esa segunda transgresión.

Ya había cogido prestada la llave de la puerta, pero todavía no se había decidido a usarla: Mariken no se sentía cómoda al pensar que saldría sola y circularía por las calles sombrías a esas horas de la noche. Aunque seguro que Dios velaría por ella. Después de hablar con el burgués Van Raay tendría la información necesaria para escribir una carta adecuada para el cardenal, su conciencia quedaría tranquila y se libraría de la carga que pesaba sobre sus hombros.

Mariken se santiguó y se levantó despacio, notando todavía la fría marca de las baldosas en las rodillas. Todos y cada uno de sus huesos parecían reflejar el dolor de vivir.

Se ajustó el *falie* por encima de su pelo canoso y se enfrentó a la noche. El patio estaba a oscuras, aunque había unas cuantas velas encendidas en algunas de las casas de madera que rodeaban el jardín. El arroyo borbotaba su canción nocturna entre los arbustos espinosos. Mariken levantó la mirada hacia la ventana de la Grande Dame, rezando para que no se despertara ni se percatara de que la llave había desaparecido, y sintió cierto alivio al constatar que no había luz en la estancia.

Atribulada por tantos temores, a Mariken se le cayó la llave al suelo. Tantos años en la comunidad y jamás había desobedecido las reglas de ese modo. Su anciano corazón latía con intensidad mientras abría la puerta. Salió a Begijnensloot y se sumergió en las estrechas callejuelas medievales que había más allá del puente. Mariken estaba tan angustiada que no reparó en las



sombras que la seguían. Mientras cruzaba Kalverstraat con la cabeza gacha, ni siquiera notó el cambio súbito que experimentó el aire, por lo que el golpe que recibió la cogió por sorpresa y cayó al Ámstel.

Como tantos otros habitantes de Ámsterdam, a pesar de vivir entre canales, Mariken no sabía nadar. Cuando la primera bocanada de agua le llenó los pulmones, tuvo el tiempo justo de pensar en lo aliviada que estaba por no tener que traicionar la confianza que habían depositado en ella. Fue consciente de que había un hombre en el muelle que observaba cómo se ahogaba. Cuando sus pesados ropajes grises tiraron de su cuerpo hacia el fondo, Mariken rezó para que el pequeño Pieter y su madre llegaran a reunirse, en su debido momento, ante la gracia de Dios.

Y para que el cardenal jamás llegara a saber la verdad.



*Dos semanas más tarde*  
*Castillo de Puivert, Languedoc*  
*Viernes, 6 de junio*

Apenas soplaba una leve brisa.

Minou se llevó los dedos a las sienes, el dolor de cabeza no remitía. Notaba la inminencia de la tormenta en la piel y en el atisbo de sudor que empezaba a aparecerle en la base de la garganta.

La familia se estaba reuniendo ya para escuchar su decisión. No podía posponerla más, y aun así seguía dudando. Minou miró a su alrededor en la galería de los músicos, y el hecho de reconocer un lugar tan familiar la calmó un poco. Sin embargo, cuando se volvió hacia la ventana y vio los nubarrones negros de tormenta que se aproximaban, la inquietud se apoderó de su pecho.

¿Qué debía hacer?

Se desabrochó el último botón del cuello, notando la rigidez del brocado entre el pulgar y el índice. No solía ser tan indecisa. Supuso que era porque muchos de sus familiares estaban allí y eso desenterraba recuerdos oscuros acerca de la última vez que se habían reunido todos en Puivert.

—*Les fantômes d'été* —murmuró—. Los fantasmas del verano.

Sangre, tendones y huesos. El corte de la espada, el tirón de la cuerda y el rugido del fuego arraigando en los bosques del norte. Muchos se habían perdido ya entre el amanecer y el anochecer de ese día.

Habían pasado ya diez años. El bosque había revivido, nuevos brotes verdes habían sustituido a los troncos negros y chamuscados, y una suave luz moteada pintaba los nuevos senderos que habían aparecido entre los árboles. Una alfombra rosa y amarilla de flores silvestres surgía cada primavera. Pero aunque la tierra ya se había librado de las cicatrices de la tragedia, Minou todavía no. Ella aún llevaba dentro el horror de lo que había presenciado, como una esquirra de cristal que no paraba de moverse de lugar. No había olvidado que la muerte había pasado tan cerca que su aliento le había abrasado la mejilla.

Ése era el motivo por el que había invitado a toda su familia a una misa de conmemoración en la capilla, para rememorar el aniversario y dejar atrás el pasado de una vez por todas. Después, Minou se había adentrado sola en los bosques y había dejado flores en la descuidada tumba de la antigua señora de Puivert. Habían rendido otros tributos: poesías y retales de cintas. Y una oración en latín. Y es que, aunque el castillo se había convertido en un enclave hugonote, buena parte de la campiña circundante seguía comprometida con la antigua fe católica. La próspera iglesia de Saint-Marcel en el pueblo de Puivert era testimonio de ello.

Como si se hubieran propuesto reflejar esos pensamientos, las campanas de la iglesia empezaron a dar la hora. Minou recogió su diario. Tenía la costumbre de escribir en él por la tarde, así que solía llevarse el pergamino y la tinta hasta un punto elevado de la fortaleza que le ofrecía unas vistas privilegiadas. Era su manera de relacionar la niña que había sido con la mujer en la que se había convertido. Por eso, aunque tuviera cosas que

hacer, decidió permitirse unos momentos más de soledad. Escribir la ayudaba a comprender mejor el mundo, a dejar testimonio de la vida mientras la vivía. Seguramente era la única cosa capaz de sosegar sus atribuladas cavilaciones.

Minou salió de la habitación y subió la estrecha escalera de piedra hasta lo alto de la torre por aquellos peldaños desgastados por el paso de varias generaciones. En el angosto rellano de la parte superior, descolgó su vieja capa de viaje verde del gancho que había junto a la puerta y levantó el pestillo. Estaba ya a punto de salir cuando una voz la llamó desde abajo.

—*Maman!*

Como si la hubieran sorprendido en plena travesura, Minou se dio la vuelta rápidamente.

—*Je suis ici, petite.*

Minou oyó unos pasos y luego vio asomar el rostro inquisitivo de su hija de siete años en el piso de abajo. Marta nunca se estaba quieta, ni su cuerpo ni su mente. Siempre iba de un lado a otro, y siempre con impaciencia. Como de costumbre, llevaba la gorra de lino con las iniciales bordadas arrugada en una mano.

—*Maman, ¿dónde estás?*

Minou apartó los dedos del pestillo.

—Aquí arriba.

Marta miró hacia la oscuridad y asintió.

—Ah, ya te veo. Papá dice que ya es la hora, que son más de las cuatro. Todos están esperando en el salón.

—Dile a papá que enseguida iré.

Oyó cómo Marta aspiraba aire para protestar y al final cambiaba de opinión.

—*Oui, maman.*

—De hecho, Marta, podrías pedirle a papá que...

Sin embargo, lo único que oyó fue el eco de su propia voz. Su voluble hija ya se había marchado.

## *Los bosques de Puivert*

El asesino se agachó entre la maraña de matorrales con el índice y el pulgar tensos, colocados en posición de disparo alrededor de la pistola de llave de rueda. Tenía la mirada clavada en el punto más elevado del castillo.

Estaba preparado, lo había estado desde la primera luz del día. Se había confesado y había rezado por su salvación. Había dejado su ofrenda en la tumba de la antigua señora del castillo, una católica devota que había sido asesinada por alguna alimaña hugonota. Había purificado su alma, sus pecados habían sido absueltos.

Estaba preparado para matar.

Ese día libraría a Puivert del cáncer de la herejía y sería bendecido por ello. Purificaría la tierra. Durante diez años, una zorra protestante, una impostora, había llenado el castillo de Puivert de refugiados de las guerras. Había dado asilo a los que tenían que arder en el infierno. Les había quitado la comida de la boca a los católicos, los auténticos moradores de esa tierra.

Pero aquello se había terminado. Ese día cumpliría su promesa. Muy pronto, las campanas doblarían para llamar a misa de nuevo.

—Al hereje no lo dejarás con vida.

¿Acaso el eminente párroco no había predicado esas mismas palabras desde el púlpito de Carcasona? ¿No había clavado su mirada en él, eligiéndolo entre toda la congregación para que cumpliera con la voluntad de Dios? ¿No le había dado su bendición y le había proporcionado los medios?

El asesino tensó la mano derecha alrededor de la pistola mientras metía la izquierda en el pesado bolso que colgaba de su cintura, junto al rosario. Aunque su mayor recompensa por

ese servicio cristiano llegaría en el más allá, también era justo que recibiera una compensación en la tierra.

El hombre estiró los hombros y flexionó los dedos. Tenía el don de la paciencia. Era un cazador furtivo, estaba más que acostumbrado a rastrear y esperar a sus presas. El saco manchado de sangre que tenía a sus pies daba fe de su habilidad. Un conejo y una colonia entera de ratas. Los jardines de la cocina en el claustro superior del castillo atraían a todo tipo de alimañas. Habría sido un pecado no sacar provecho de aquella incursión.

Cambió de posición y notó un espasmo en los músculos tensados del muslo derecho. Miró hacia arriba a través del follaje verde. El sol estaba velado por oscuros nubarrones cuando oyó una campanada solitaria procedente del pueblo dando la hora. La zorra hugonota solía salir a tomar el aire en lo alto de la torre a esa hora, por la tarde. ¿Por qué no salía ese día, pues?

Aguzó el oído, atento al más mínimo sonido que pudiera detectar, con la esperanza de oír el crujido de la puerta de madera. Sin embargo, no oyó nada más allá de unos truenos lejanos en las montañas y los zorros en las laderas del carrascal que se extendía más allá del bosque.

Era voluntad de Dios que la hereje muriera. Si no ese día, el siguiente. Francia jamás volvería a ser grande mientras hubiera protestantes entre sus fronteras. Eran el enemigo interior. Hombres, mujeres, niños... No importaba. Muertos, prisioneros, exiliados... No importaba. Lo que hiciera falta para cauterizar la herida.

El asesino se reclinó para esperar a su presa. A sus pies, la sangre de su botín seguía empapando la arpillera del saco y tiñendo el suelo de rojo.